

ATIENZA LÓPEZ, Ángela (ed.), *Historia de la sororidad, historias de sororidad. Manifestaciones y formas de solidaridad femenina en la Edad Moderna*. Madrid, Marcial Pons Historia, 2022, 569 pp., ISBN: 978-84-18752-63-6.

“Divide et impera” fue el lema de grandes líderes europeos como Julio César o Napoleón Bonaparte, formando eje estructural de la idiosincrasia occidental y, por tanto, de los patrones patriarcales que configuran nuestra realidad pasada y presente. Este aspecto tan asumido en nuestra ideología de género, donde se dice y se repite que el peor enemigo de una mujer es otra mujer, no nos permite ser conscientes de los vínculos, las dinámicas y las redes que las mujeres han establecido a lo largo de la historia. La mayoría de la historiografía existente contribuye al discurso patriarcal en el que las mujeres no cooperan por un bien común o por solidaridad entre ellas en un mundo que funciona con las reglas dictadas por y en favor de los hombres. En este sentido, la catedrática Ángela Atienza López coordina un voluminoso libro en el que un grupo de investigadoras buscan, en caminos ya recorridos, la presencia de manifestaciones y relaciones de beneficio y ayuda entre mujeres y su vinculación con los modelos preestablecidos. Esto se lleva a cabo en distintas dimensiones y situaciones sociales de varios momentos y latitudes de la Edad Moderna.

Ángela Atienza López ha dedicado los últimos años de trabajo a indagar en la historia social desde una mirada femenina y desde un planteamiento de género que aporta una nueva visión sobre ciertos problemas y situaciones de ámbito social y cultural del Antiguo Régimen. Durante la revisión, advierte de la necesidad de incorporar el concepto de sororidad a la historia de las mujeres, lo que supone un reto metodológico y la disipación de la frontera entre el mundo actual y el periodo moderno a través de esta noción. Sus conclusiones desembocan en una pregunta clave alrededor de la que nace el texto: ¿se puede hablar de sororidad en un momento en el que no se tiene consciencia de ella o, al menos, no existe como término? La cuestión se ve reflejada en el propio título del libro al plantear un doble camino de reflexión en torno a la Historia de la sororidad, historias de sororidad. La combinación de ambas vías genera una línea común que recorre los variopintos capítulos que componen el volumen.

El libro colectivo se presenta como un gran árbol que se expande lleno de posibilidades y del que brotan más preguntas que respuestas. Es una invitación a seguir profundizando en el estudio de los vínculos y las fronteras de los roles femeninos preestablecidos por las normas ético-morales imperantes en la sociedad moderna. Con esta idea, la compilación de escritos se estructura en distintas partes, asentando las raíces en un prólogo a cargo de la propia coordinadora en el que se plantea la paradoja entre la historia de la palabra sororidad y la existencia del término. Sobre ello se erige el primer capítulo, escrito también por Ángela Atienza López, que trata las problemáticas de la transmisión de un imaginario femenino basado en la enemistad e insolidaridad a lo largo del tiempo,

introduciendo, entre otras, la variable de la autoestima. Tras el inicio teórico se presentan distintas historias de sororidad como si fueran ramas que salen de ese tronco central para alcanzar dimensiones que forman parte de las vivencias y manifestaciones de estas formulaciones sororas.

La lógica estructural del orden establecido se basa en una sucesión que va de un primer plano a un plano conjunto dentro del análisis de los vértices de las redes comunitarias femeninas. Se comienza con la exploración de la familia, los márgenes del matrimonio o la soledad, para continuar planteando el estado de las mujeres en el estrato de la pobreza y la marginación, la hechicería o el ámbito jurídico. En las últimas cuatro secciones se diserta sobre la cultura patriarcal vista desde la sororidad generada en círculos culturales profanos, por ejemplo, la lectura, la cocina y la alimentación, y espirituales como el mundo conventual y el misticismo. El libro cuenta con un total de doce secciones y quince capítulos más prólogo, usando las últimas páginas para una relación de las autoras. Una particularidad del volumen es que no trabaja sobre una definición única y unívoca de sororidad, sino que cada autora dedica unos primeros párrafos a establecer sus criterios de lo que entiende por esa noción.

En este sentido, Mariela Fargas Peñarrocha aporta el concepto de sororidad genealógica a través del estudio de las dotes. Paralelamente esboza la opinión negativa que se tenía en la Barcelona de los siglos XVI-XVIII sobre la reunión de las mujeres. Frente a estas mujeres insertas en una red familiar-patriarcal María José de la Pascua pone el foco en las mujeres solas bien por viudez o bien por causas situacionales. El fenómeno migratorio trasatlántico propio de la Edad Moderna condicionó la vida cotidiana de esas mujeres que asumieron el rol masculino de asegurar el sustento de ellas y sus familias. Tras una recopilación epistolar del siglo XVII, Estela Roselló Soberón analiza las emociones que empujaban a las mujeres en situaciones similares a elaborar tejidos colaborativos para sobrellevar las nuevas cargas que enfrentaban de dolor y soledad. Esas emociones no son las únicas que contribuyeron a desarrollar identidades colectivas entre las mujeres, encontrando otro núcleo en la hechicería. Rocío Alamillos Álvarez investiga el sentimiento identitario femenino en torno a la magia. Esos grupos funcionaban como un organismo que transmitía información y conocimiento al tiempo que, aunque existiera enemistad entre los miembros, se brindaban protección frente a los peligros que les pudiera acarrear ser transgresoras de los modelos preestablecidos.

Gloria Franco Rubio indaga en las estrategias de colaboración femenina ante la desprotección que tenían las mujeres en situación de marginación y pobreza, centrándose en la creación en 1788 de la Asociación de la Caridad. En el campo de la necesidad, Ofelia Rey Castelao se centra en el concepto de sororidad en relación con la noción de empoderamiento en el siglo XVII compostelano. Una aportación que deja las suficientes preguntas abiertas para invitar a explicar ciertos procesos sororales en estratos sociales desfavorecidos.

Margarita Torremocha Hernández presenta un caso de estudio con una exhaustiva bibliografía que expone la reciprocidad entre mujeres. Algo que permite reflexionar acerca de las dificultades que plantea la identidad asignada que ensombrece la afinidad o empatía de las mujeres hacia sus congéneres. Desde el punto de vista judicial María Luisa Candau Chacón observa las fluctuaciones que van teniendo las redes de solidaridad entre las mujeres, ofreciendo otro punto de vista de diversas cuestiones morales dentro de la cultura patriarcal del Antiguo Régimen. Rastrear la voz femenina no es únicamente difícil en las fuentes jurídicas. Al respecto, Manuel Peña Díaz muestra los problemas que se encuentra al tratar de buscar estas huellas desde la historia de la lectura. A partir de un sólido conocimiento de esa línea historiográfica, Peña Díaz realiza un recorrido por los significados y significaciones con una perspectiva de género. Examina los libros y las lecturas compartidas de las mujeres y los discursos que se generaron alrededor de estas cuestiones a pesar de la norma social según la cual la mujer no debe compartir ni conocer. La alimentación y la comida también contribuyen a generar lazos solidarios entre mujeres, como lo muestra María Ángeles Pérez Samper con el análisis de tratados de esta materia y las dedicatorias que contienen.

Los últimos cuatro capítulos se centran en las vivencias religiosas y experiencias espirituales, temáticas que contribuyen a asentar una red femenina de sentimientos compartidos. Asunción Lavrin propone un diálogo entre los lazos particulares y los comunitarios, entre los modelos estructurales y la práctica cotidiana de la vida conventual, mientras que Elena Catalán Martínez estudia los vínculos de sororidad que se produjeron dentro de los conventos. Fuera de los muros de esas instituciones religiosas Tomás A. Mantecón Movellán presta atención a figuras femeninas particulares, como la de Catalina de Jesús, que generaban su identidad y autoridad a partir de experiencias espirituales. Este aspecto causaba miedo dentro de los patrones del mundo moderno donde la mujer se consideraba un sujeto pasivo. Finalmente, Doris Moreno y Alison Weber establecen el diálogo entre Ana Enríquez y Teresa de Jesús, mostrando las dinámicas que se hallan al interrelacionar la sororidad con la heterodoxia en España. Para ello, perfilan históricamente esas nociones y las muestran a través de interrogantes que exponen el problema y pincelan los caminos que hay que seguir recorriendo.

El volumen compilado por Ángela Atienza López siembra un campo de preguntas por el que continuar indagando en el futuro. Se trata de una profunda mirada sobre el significado y el significante de ser mujer en la Edad Moderna y de lo que supone para el sistema la colectividad femenina. Cada una de las secciones ofrece una visión del pasado que mediante una argumentación crítica nos invita a romper con prejuicios de género que se han ido transmitiendo generación tras generación hasta llegar a nuestros días.

*Elsa Pinto Prieto*